

CONSERVADORES, LIBERALES Y NEOCONSERVADORES. FUNDAMENTOS MORALES DE UNA SOCIEDAD LIBRE

En los últimos cincuenta años, el conjunto de la derecha norteamericana ha creado un gran movimiento político que ahora mismo sostiene al Partido Republicano en la Presidencia, las dos Cámaras y la mayoría de las instancias de poder estatales. También ha generado un extraordinario movimiento ideológico, de una gran complejidad y de una variedad y una consistencia muy superiores al producido en estos mismos años por la izquierda. Este ensayo resume en forma de esbozo sintético el núcleo ideológico de las tres principales líneas de este movimiento. También aporta algunas referencias históricas que permiten comprender el trasfondo político de un pensamiento forjado muchas veces, aunque no siempre, fuera de la universidad, y más próximo a la acción o al periodismo.

He traducido los términos norteamericanos de «*conservative*», «*neo-conservative*» y «*libertarian*» por «conservador», «neoconservador» y «liberal», respectivamente. El término «*libertarian*» es más restrictivo que el de «liberal», que como es sabido ha evolucionado de forma distinta a uno y otro lado del Atlántico. Sería conveniente distinguir entre «libertarios» (en el sentido norteamericano) y «liberales» o «libera-

les clásicos», que vendrían a ser la versión templada de una doctrina que hace de la libertad la clave de su pensamiento. (Un «liberal clásico», por ejemplo, acepta alguna clase de impuesto sobre la renta, si los bienes que este impuesto proporciona son imposibles de suministrar por otros medios. Un «libertario» lo descarta por principio.)

Tal y como suelen ser utilizadas hoy en Estados Unidos, las palabras «*conservative*» y «*liberal*» corresponden a «derecha» e «izquierda». Una posible adaptación consistiría en utilizar la expresión «conservadores liberales» en vez de «conservadores», y «liberales conservadores» en vez de «neoconservadores», reservando el término «liberales», a secas, para «*libertarians*». Descarto esta solución por farragosa y cansina para el lector.

CONSERVADORES

Por conservador entendemos una persona que se adhiere a los siguientes principios: 1) desconfianza frente al poder del Estado; 2) preferencia por la libertad sobre la igualdad; 3) patriotismo; 4) confianza en las instituciones, las costumbres y las jerarquías; 5) escepticismo ante la idea del progreso; 6) elitismo. (Micklethwait y Wooldridge, 2004).

Estos seis principios son los definidos por el conservadurismo clásico, el reflejado en las obras de Burke y en las ideas que sustentaron la acción de los *tories* en Gran Bretaña, al menos hasta que Disraeli reorganizó un conservadurismo moderno y democrático.

Si tuviéramos que elegir un rasgo moral para definir el conservadurismo, podríamos intentar combinar la prudencia, recomendada siempre ante la posibilidad de un cambio que puede acarrear pérdidas irreparables e imposibles de compensar, con la nostalgia. El conservadurismo es la expresión moral y política del sentimiento de pérdida de un orden previo: el orden del antiguo régimen o un orden orgánico vertebrado mediante formas diversas de solidaridad comunitaria como son la familia, el vecindario, la parroquia o los gremios. Son los pequeños «*platoons*» (grupos, pelotones de un regimiento) de los que habla Burke y que permiten al individuo acceder

a la cooperación, la solidaridad y la autonomía frente a un Estado que de otro modo siempre acabará destruyéndolo, dado el desequilibrio de fuerzas que existe entre los dos.

Aunque su deseo más íntimo sea detener el movimiento puesto en marcha por el progreso, el conservador no se considera a sí mismo enemigo de la libertad. Más bien al revés, afirma que sólo la preservación del orden que el progreso amenaza con disolver es capaz de garantizar la supervivencia de la libertad. En un mundo sin «sociedad civil», el Estado acabará siempre arrasando a unos individuos atomizados, sin capacidad de resistencia. La «sociedad civil» a la que se refieren los conservadores no está formada sólo, ni siquiera fundamentalmente, por contratos libres o por acuerdos entre partes. Más importantes son los «organismos» previos a la voluntad individual, las instituciones que sólo por haber sobrevivido a la prueba del tiempo tienen valor de por sí. El individuo debe respetarlos porque le garantizan una libertad –o una parte de libertad– que de otro modo quedará destruida.

En términos políticos, el conservadurismo aspira a corregir el desorden surgido de las revoluciones liberales. Preconiza la prudencia ante la idea de un progreso irremediable y automático. Si la nostalgia es muy fuerte, se convierte en un movimiento de reacción.

En Estados Unidos, la inexistencia de un «antiguo régimen» previo a la Revolución dificultó la aparición de un conservadurismo como el que surge en Gran Bretaña en el siglo XVIII y en el resto del continente europeo en el XIX, después de la Revolución Francesa. Tocqueville ya apuntó que los norteamericanos nacían iguales, a diferencia de lo que ocurría en las sociedades aristocráticas europeas, donde la igualdad sólo se consigue tras un atormentado proceso histórico. Louis Hartz sostuvo que no hay, estrictamente hablando, una tradición conservadora propiamente americana (Hartz, 1991, 1ª ed. 1955). Sin embargo, cuando el conservadurismo norteamericano tome cuerpo como corriente intelectual, reivindicará una tradición propia, que combina elementos del pensamiento conservador inglés, particularmente el de Burke, con todo lo que en el legado de la Revolución americana es propiamente antirevolucionario (Edwards, 1999). No sólo se trata de conservar los principios progresistas o li-

berales de la Revolución norteamericana. Es que ésta es una revolución hecha en nombre de principios contrarrevolucionarios.

El pensamiento conservador norteamericano empieza a desarrollarse en los años 30 y 40, en reacción a las políticas del New Deal. Russel Kirk y Richard Weaver combinan, en este aspecto, la nostalgia y el sentido de pérdida de una Norteamérica agraria y ordenada con una crítica propiamente liberal a la intrusión del Estado en zonas reservadas hasta Roosevelt a la propia sociedad. La dificultad para articular una alternativa política al consenso bipartidista entre republicanos y demócratas sobre el New Deal da buena cuenta de la complejidad de este movimiento, que va elaborando su propia historia a base de derrotas (la de Goldwater en 1964) o traiciones (Nixon, sobre todo en 1972) de sus representantes.

En lo ideológico, la primera generación de conservadores da paso a la renovación del conservadurismo simbolizada con la aparición de la *National Review* de William F. Buckley en 1955. El conservadurismo norteamericano se va desprendiendo de la pura nostalgia de una sociedad que está desapareciendo y empieza a romper con el peso de prejuicios raciales, antisemitas y anticatólicos. Más tarde cobrará fuerzas ante las guerras culturales de finales de los años sesenta y, en los setenta, frente a la crisis de la ampliación del Estado de Bienestar propiciada por la Gran Sociedad de Johnson y el progresismo social de la Administración Nixon. Alcanzará su culminación política en 1980 con la victoria de Ronald Reagan en las elecciones presidenciales. Es el triunfo de un conservadurismo original, que combina conservadurismo ideológico y liberalismo económico.

A diferencia del conservadurismo tal como lo fijó Burke, este conservadurismo no manifiesta un especial apego hacia las instituciones ni hacia las jerarquías tradicionales, tampoco siente desconfianza ante la idea del progreso y, aunque no sea populista, tampoco es elitista (Micklethwait y Wooldridge, 2004). Su éxito en las elecciones de 1980 se basa al mismo tiempo en una considerable aportación teórica realizada en buena medida fuera de la Universidad, por parte de fundaciones y medios de comunicación, así como en un movimiento de movilización de la opinión pública de largo alcance, realizado desde la campaña presidencial de Goldwater en 1964. Su triunfo en Estados

Unidos coincide con el de la renovación del conservadurismo en Gran Bretaña, realizada por Margaret Thatcher, y su vitalidad quedará demostrada a mediados de la década de los noventa, cuando el movimiento encabezado por Newt Gingrich consiguió una mayoría republicana en el Congreso, en plena era Clinton.

LIBERALES

Margaret Thatcher se definió en alguna ocasión como una combinación de *tory* y *whig*. El conservadurismo simbolizado por su figura y la de Reagan no se distingue demasiado del liberalismo, salvo en un punto: el patriotismo. Ahora bien, arrancando de este punto se pueden deducir los elementos que distinguen a liberales de conservadores.

Ni que decir tiene que el patriotismo no es una virtud desconocida para los liberales, en particular para los liberales del siglo XIX, que en España se llamaron a sí mismos patriotas, y por supuesto para los liberales norteamericanos, que plasman las ideas de los padres del liberalismo, como Locke, en los textos fundacionales de la nueva nación y en su entramado constitucional.

Aun así, el patriotismo cae dentro de las virtudes que el conservadurismo reclama naturalmente, mientras que el liberalismo encuentra difícil su justificación. Es uno de los puntos que justifica la percepción –y el reproche– de legalismo hecho con frecuencia al pensamiento liberal. Los liberales reivindican la libertad como la base de la prosperidad de las naciones y de los individuos. Ahora bien, si en el pensamiento liberal prima el contrato voluntario, traducido o no en términos legales, el patriotismo, como otros tantos valores basados en la tradición –la familia como la hemos conocido hasta ahora; la caridad; la solidaridad–, cae fuera de la estricta argumentación liberal. Para los liberales, los vicios privados son compatibles con la virtud pública y la mano invisible del mercado asigna con la máxima eficacia los recursos que el egoísmo –o el interés propio– genera, descubre o acumula.

Obviamente, los liberales saben que el mercado tiene límites y deficiencias. No todo está a la venta ni todo se puede comprar.

También conocen que sin instituciones los mercados no funcionan, como se ha demostrado tantas veces en las economías de los países de habla hispana. Más aún, los liberales saben que el cumplimiento voluntario de la ley, que es la clave última del liberalismo, depende de sanciones sociales que refuercen las obligaciones morales por las cuales el individuo se siente impelido a acatar las normas. Por eso mismo, y sabiendo que, a diferencia del conservadurismo, el liberalismo tiene problemas a la hora de «elaborar un modelo ético consistente de la vida moral» (Henrie, 2004), los liberales se esfuerzan por demostrar que en la práctica, la libertad –y la responsabilidad– es el instrumento más valioso en la formación del carácter y fomenta valores morales que sin ella se devalúan o se corrompen (Epstein, 2004). La crítica liberal a la degradación moral producida por el Estado del Bienestar es valiosa de por sí, tanto como la crítica liberal a las ineficiencias económicas del Estado interventor. Moralmente, no se puede minusvalorar el gesto por el cual el liberalismo devuelve al individuo a la responsabilidad sobre sus propios actos. La crítica a la ineficiencia y la crítica a la capacidad corruptora del Estado son argumentos válidos de por sí, independientemente de la valoración que a cada uno (en particular a los conservadores) les pueda merecer la aspiración utópica del liberalismo.

Por otra parte, si el conservadurismo puede legítimamente valorar la prudencia como su virtud principal, el liberalismo puede presentar la humildad como la virtud que le es propia. Primero, porque el liberalismo declara desde un principio la imposibilidad de centralizar, procesar y canalizar toda la información disponible en el mercado. Segundo, porque en función de ese presupuesto, el liberalismo preconiza la abstención a la hora de utilizar el Estado para imponer cualquier proyecto moral que no sea el pactado voluntariamente. Ante el pluralismo religioso y moral de las sociedades modernas, un liberal se esforzará por convencer a los demás de la superioridad de su punto de vista. Para un liberal, el Estado debería mantener su neutralidad en aspectos en los que están en juego cuestiones morales, siempre que estas no interfieran con la ley. La intervención del Estado en este terreno a favor de una opinión o un a priori moral justifica al mismo tiempo la intervención en el sentido contrario. Este postulado, que muchos conservadores consideran peligroso porque hace del liberalis-

mo un aliado del relativismo moral, es, sin embargo, fundamental a la hora de solicitar de la sociedad civil que asuma sus propias responsabilidades en cuanto a la moral pública (Epstein, 2004).

NEOCONSERVADORES

Los liberales y los conservadores tienen, al menos teóricamente, un problema con la democracia. Para los conservadores –véase Ortega y su *Rebelión de las masas*, una obra citada con frecuencia por conservadores y neoconservadores en Estados Unidos–, la democracia pone en peligro la continuidad de las instituciones, las tradiciones y las jerarquías. Para los liberales, desde Constant a Hayek, la democracia abre la posibilidad de la tiranía, e incluso del totalitarismo, porque puede destruir con facilidad el equilibrio de poderes en el que se basa la libertad e imponer la voluntad de la mayoría sobre la de las minorías en cuestiones que deberían quedar apartadas del ámbito de la decisión pública.

Para los neoconservadores, la democracia es un hecho irreversible y un bien en sí misma. Toman buena nota de la crítica de la democracia realizada por Tocqueville, pero también como Tocqueville, buscan en la sociedad democrática –digo bien *sociedad democrática*, no sólo *Estado democrático*– los elementos que permitan contrarrestar estos peligros. El diagnóstico de los neoconservadores sobre el peligro planteado por la democracia tiene dos partes: la primera, la democracia lleva sin remedio a un Gobierno de tamaño considerablemente mayor que el preconizado por los liberales; la segunda, que el peligro planteado por el crecimiento en el tamaño del Gobierno no es ni la posibilidad de deslizamiento de la democracia hacia el totalitarismo (a diferencia de la previsión de Hayek en *Camino de servidumbre*, previsión que de hecho no se ha cumplido) ni, aunque estas deban ser tenidas en cuenta, las ineficiencias económicas que plantean Estados tan gigantescos como los actuales (Lindberg, 2004). Con ser éstas graves (y en esto los neoconservadores hacen suya la crítica liberal al Estado del Bienestar), la principal objeción al macro Estado democrático es la corrupción moral que propicia.

Los fundadores del neoconservadurismo proceden de la izquierda, y el propio Irving Kristol, en una frase célebre, se definió a sí mismo como un «progresista (*“liberal”* en inglés) asaltado por la realidad». A partir de este desencanto, los neoconservadores no se reconvierten ni al cinismo ni a un nuevo doctrinarismo. Una de sus principales aportaciones en los años 70 y 80 es la revalorización de una actitud empírica ante la acción política, valorada más por los resultados prácticos que por su fidelidad estricta a un ideario. Por ejemplo, los neoconservadores apoyan el establecimiento y la continuidad de una Seguridad Social universal (Gerson, 1997), pero son críticos con los programas que fomentan lo que consideran una de las plagas de las sociedades democráticas, como es la dependencia del Estado.

La importancia que la reflexión moral tiene en la actitud y el pensamiento neoconservador explica su cercanía al conservadurismo, el nombre que recibieron e incluso que Kristol diera por terminado el movimiento y lo considerara incorporado a la corriente general del conservadurismo en Estados Unidos (Kristol, 1995). Es verdad que las diferencias con el conservadurismo clásico norteamericano son sustanciales, tanto en cuanto a la característica del grupo (los neoconservadores constituyen una elite intelectual urbana consciente de serlo, que difícilmente podrá disolverse en el movimiento popular de base a que ha dado lugar el movimiento conservador), como en la conciencia de su singularidad: los neoconservadores no son un grupo partidista, ni como tal está inscrito irremediabilmente a una determinada línea política. Roosevelt, el creador del New Deal, forma parte de las referencias históricas del grupo tanto como Churchill, «neoliberal» en su juventud, «neoconservador» en su madurez y siempre un estatista convencido.

También les distingue de los conservadores la reticencia a la hora de emprender la restauración de determinados valores morales en la sociedad. Otra vez como Tocqueville, los neoconservadores han preconizado la aplicación de remedios democráticos a los males de la democracia (Himmelfarb, 2004), y estos remedios van más por la regeneración de la propia sociedad (movimientos sociales como la *«home schooling»*, o la vuelta de la religión en el espacio público, apoyado en un nuevo «Despertar» del tipo de los que sacudieron la

conciencia norteamericana en los siglos XVIII y XIX) que por la adopción de políticas encaminadas a una restauración moral.

Paradójicamente, el apego a la democracia así como la ausencia de nostalgia y de idealización del pasado por parte de los neoconservadores –que les aleja de los conservadores clásicos y su consigna voluntarista de parar la modernidad– les lleva a alejarse también de la posición liberal. Allí donde los liberales preconizan una frontera en nombre de la libertad individual –lo que les lleva a argumentar la necesaria abstención del Estado en cuestiones como el uso de drogas, la naturaleza del matrimonio, el acceso a la pornografía o incluso el aborto–, los neoconservadores confían en que la decisión democrática sea capaz por sí misma de perpetuar o restaurar los valores en los que se fundan las sociedades libres. Los neoconservadores no aceptan el deslizamiento que puede llevar al liberalismo a aliarse con el relativismo postmoderno en el que todo está permitido, excepto el intento de dar forma a la moral pública (Wolfson, 2004).

Así como el movimiento conservador norteamericano ha evolucionado considerablemente con el tiempo, también lo han hecho los neoconservadores. Habiéndose mostrado fundamentalmente pesimistas en cuanto a la posibilidad de que el capitalismo fuera capaz de regenerar por sí mismo el capital social –es decir, las virtudes o los valores morales– de los que se nutre (Bell, 1977), los neoconservadores han tomado nota de la capacidad del capitalismo para sobrevivir a sus propias contradicciones. La confianza de los neoconservadores en los valores propios de un capitalismo empresarial, tanto como burgués, corre paralela a su aceptación de la globalización como un hecho positivo, además de irremediable.

LA GRAN COALICIÓN

Estos tres grupos (y todos los subgrupos y matices de los que se componen) presentan, como hemos visto, diferencias muy importantes entre ellos. Parecen irreconciliables en el caso de los conservadores y los liberales, en particular en el tema –clave para los primeros– de las

costumbres y la moral pública. Por su parte, algunos conservadores, así como los liberales más radicales se han opuesto a la ampliación de las competencias del Estado central en educación –a partir de la ley *No Child Left Behind*– o a los gastos realizados en programas sociales como Medicare. Han sido entendidos como la mayor ampliación del Estado de Bienestar realizada en los últimos treinta años, y han generado un déficit difícil de aceptar para quienes han preconizado siempre un Estado reducido.

La política exterior de la Administración Bush, por su parte, no despierta demasiadas simpatías ni entre unos liberales que la perciben como el mejor pretexto para aumentar el poder del Estado ni entre unos conservadores que no acaban de entender que la defensa nacional lleve al ejército norteamericano a intervenir en lugares como Irak. Desconfían además de las posibles derivas de lo que consideran un ejercicio de idealismo utópico, por muy democrático que se denomine. Algunos sectores conservadores y bastantes grupos liberales coinciden en preconizar una posición abstencionista, e incluso aislacionista. Para ello invocan una tradición norteamericana de inhibición en la escena internacional que los neoconservadores, por su parte, no aceptan.

A pesar de los desacuerdos, a veces muy profundos y expresados con virulencia, la diversidad ideológica de la coalición que sostiene a la actual Administración norteamericana no siempre ha perjudicado a su unidad. Se mantuvo durante la presidencia de Ronald Reagan, y había sido teorizada previamente. En los años sesenta Frank Meyer propuso el concepto de «fusionismo» para insistir en que la libertad individual –innata en el hombre– es compatible con una moral fundamentada en la trascendencia, subrayando que la libertad no tiene sentido fuera de la virtud, pero que la virtud no puede ser conseguida por la fuerza. Meyer habló del liberalismo (*libertarianism*) y del tradicionalismo como dos aspectos del conservadurismo, incompletos el uno sin el otro, e incluso condenados a destruirse si permanecen aislados. La verdad, insistía Meyer, se debilita cuando la libertad decae, por muy virtuosa que sea la autoridad que la destruya, mientras que el individualismo carente de valores morales acaba pronto dejando paso a la tiranía.

Frank Meyer no elaboró una gran teoría de la libertad moral, pero contribuyó a proporcionar al pensamiento conservador norteameri-

cano la base doctrinal suficiente para convertirlo en un movimiento intelectual con repercusiones políticas prácticas que acabarían plasmándose en la gran coalición de liberales, conservadores y neoconservadores sobre la que se sustentó la presidencia de Ronald Reagan (Nash, 1998). La alianza de las tendencias dispares que la conformaban requiere un liderazgo fuerte, así como una línea programática enérgica y clara, que incentive el acuerdo por encima de las discrepancias. Reagan consiguió articular esta pluralidad en un programa claro: recuperación del orgullo nacional; ampliación de la libertad individual; activismo en política exterior.

La coalición política no sobrevivió al fin de la era Reagan, pero sí lo hizo el movimiento intelectual subyacente, así como el largo realineamiento a la derecha de la sociedad norteamericana que culmina por ahora con la segunda victoria electoral de George W. Bush. Las dos presidencias de Bush también vienen marcadas, primero, por un liderazgo fuerte; segundo, por la recuperación y la actualización de una política exterior «neoreaganita», fundamentalmente neoconservadora –tal como la preconizaron William Kristol, Kagan, Kaplan y Krauthammer, entre otros–, comprometida tras el 11-S en la defensa de la nación norteamericana, la acción anticipatoria, el uso de la fuerza para derribar regímenes que propicien el terrorismo y la propagación de la democracia (Bardají, 2005). Y en tercer lugar, por la insistencia en la libertad individual, aunque con un tono más moralista que en tiempos de Reagan. La novedad responde al avance de la religión en sectores considerables de la opinión pública, que sostiene la construcción de la *Christian Coalition* en sustitución de la Mayoría Moral de tiempos de Reagan, y también a un proyecto explícito, por parte de la actual Administración, de superar la dicotomía entre políticas intervencionistas (New Deal) y liberales (o conservadoras clásicas) para encontrar un nuevo equilibrio que conduzca a un realineamiento de los sectores sociales que apoyan al Partido Republicano. Éste, por su parte, es hoy en día una organización más estructurada y consistente que en tiempos de Reagan.

El tiempo dirá si la Administración Bush consigue su objetivo de apuntalar la nueva mayoría o si los diversos frentes abiertos (déficit, reforma de la Seguridad Social, intervención en Irak, inmigración) provocan la ruptura de la actual coalición y dificultan la consoli-

ción de esa nueva mayoría política con un programa conservador, liberal y democrático. Por el momento, y a falta de una renovación profunda del antiguo progresismo, las ideas de que se nutre este programa siguen dinamizando y estructurando el debate intelectual.

BIBLIOGRAFÍA

- Bardají, Rafael L. (2005): «El momento neoconservador en Estados Unidos». *FAES. Cuadernos de Pensamiento Político*, nº 5, enero-marzo.
- Bell, Daniel (1977): *Las contradicciones culturales del capitalismo*. Madrid, Alianza.
- Berkowitz, Peter, ed. (2004): *Varieties of Conservatism in America*. Stanford, Hoover Institution Press.
- Edwards, Lee. (1999): *The Conservative Revolution. The Movement That Remade America*. Nueva York, The Free Press.
- Epstein, Richard A. (2004): «Libertarianism and Character», en Berkowitz (2004).
- Gerson, Mark (1997): *The Neoconservative Vision*. Lanham, Madison Books.
- Hartz, Louis (1991): *The Liberal Tradition in America*. Nueva York, Harcourt Brace & Company.
- Henrie, Mark C. (2004): «Understanding Traditionalist Conservatism», en Berkowitz (2004).
- Himmelfarb, Gertrude (2004): «Democratic Remedies for Democratic Disorders», en *The Public Interest*, Invierno.
- Kristol, Irving (1995): *Neoconservatism. The Autobiography of an Idea*. Nueva York, The Free Press.
- Lindberg, Tod (2004): «Neoconservatism's Liberal Legacy», en Berkowitz (2004).
- Micklethwait, John y Wooldridge, Adrian (2004): *The Right Nation*. Nueva York, The Penguin Press.
- Nash, George H. (1998): *The Conservative Intellectual Movement in America. Since 1945*. Wilmington, ISI.
- Stelzer, Irwin ed. (2004): *The Neocon Reader*, Nueva York, Grove Press.
- Wolfson, Adam (2004): «Conservatives and Neoconservatives», en Stelzer (2004).